

Ciencias Sociales

Revista de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas

Diciembre del 2000

19

II Epoca

MAX WEBER: SOCIOLOGIA Y POLITICA

Las dos caras de la
administración burocrática
en la obra de Max Weber
César Colino y Eloísa del Pino

Weber en la interpretación
del populismo en América
Latina
Nicanor Jácome

La humanidad de Max Weber
Enzo Rutigliano

Max Weber y la sociología como
crítica valorativa
Julio Echeverría

Max Weber: modernidad,
racionalización y política
Rafael Romero

Ciencias Sociales

Revista de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas

Director:

Julio Echeverría

Comité Asesor:

Hans Ulrich Bünger

Leonardo Espinoza

Joaquín Hernández

Nicanor Jácome

César Montúfar

Alejandro Moreano

Rafael Quintero

Carlos Tutivén

Consejo Editorial:

César Albormoz

Milton Benítez

Alfredo Castillo

Pablo Celi

Manuel Chiriboga

Mauricio García

Daniel Granda

Gonzalo Muñoz

Alicia Ponce

Napolcón Saltos

Mario Unda

Silvia Vega

Marco Velasco

Fundada en 1976
por Rafael Quintero

Las ideas vertidas en los artículos de esta publicación son responsabilidad de sus autores y no corresponden necesariamente a los criterios de esta Revista. La Revista Ciencias Sociales no se compromete a devolver los artículos no solicitados.

Para correspondencia dirigirse a:
Escuela de Sociología y Ciencias Políticas
Universidad Central del Ecuador
Ciudadela Universitaria
Teléfono (5932) 558847
Fax (5932) 565822
Correo electrónico: jchever@uio.satnet.net

Esta Revista se publica con el auspicio del Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales ILDIS

Impreso en:

 EDITORIAL
UNIVERSITARIA

2001

La comicidad del desastre

Una conversación entre el Premio Nobel de literatura Guenter Grass y el sociólogo francés Pierre Bourdieu*

Pierre Bourdieu: Señor Grass, Ud. dijo que existe una tradición europea o alemana que es a la vez una buena tradición francesa: la de abrir la boca. Es eso lo que quiero hacer aquí conjuntamente con Ud.

Guenter Grass: En la experiencia alemana, no es nada usual que se junten un sociólogo y un escritor. Donde nosotros, los filósofos suelen reunirse en un rincón, los sociólogos en otro y los escritores se disputan en la trastienda. Desgraciadamente nuestro tipo de comunicación se da muy poco. Pero si pienso en su libro *La miseria del mundo* o en mi último libro *Mi Siglo*, hay algo que compartimos en nuestro trabajo: Contamos nuestras historias desde abajo. No hablamos mirando la sociedad desde arriba, no hablamos desde la posición del vencedor, estamos de lado de los perdedores como algo inherente a nuestras profesiones.

En *La miseria del mundo*, Ud. y sus colaboradores lograron apostar todo sobre el concepto de la comprensión sin transmitir la idea de que lo saben todo y lo saben mejor. Es una visión de la situación social en Francia que puede ser transferida a otros países sin mayor dificultad. A mí, como escritor, sus historias me atraen como materia prima. Por ejemplo la descripción de los obreros metalúrgicos, muchas veces de tercera generación, que se quedaron sin empleo y con ello prácticamente excluidos de la sociedad. O el estudio de una mujer joven del campo que

* Traducido del alemán por Birte Pedersen a partir de la traducción del francés realizada por Stephan Egger. *Die ZEIT* del 2 de diciembre de 1999.

se instala en París y que trabaja por la noche clasificando cartas. En la descripción de su puesto de trabajo se observan los problemas sociales sin que tengan que ser anunciados con grandes titulares. Esto me gustó mucho.

Qué bueno sería tener este tipo de libro sobre las condiciones sociales en todos los países. La única pregunta que se me plantó tiene que ver con la sociología como disciplina: No hay humor en este tipo de libros. Falta la cómica del fracaso que desempeña un rol importante en mis historias, al igual que las absurdidades resultado de determinadas confrontaciones. ¿A qué se lo debe?

Bourdieu: Si son las personas afectadas que le cuentan este tipo de experiencias, el efecto es bastante desesperante y es casi imposible mantener la distancia necesaria. Terminamos por sacar varios testimonios del libro porque eran demasiado conmovedores.

Grass: ¿Me permite interrumpir? Cuando dije cómico me refería al hecho de que la tragedia y la comedia no se excluyen mutuamente, que hay una transición fluida entre lo uno y lo otro.

Bourdieu: A fin de cuentas queríamos confrontar nuestros lectores con la absurdidad brutal de la vida sin caer en efectos baratos. Al escribir, uno está muchas veces tentado de “dorar” el drama humano. Pero nosotros optamos por relatar las historias de la manera más cruda posible para devolver el lado violento a la realidad. Lo decidimos debido a consideraciones científicas y también literarias. Sin embargo, no nos quisimos volver “literarios” para poder ser literarios de otra manera. Evidentemente hubo también motivos políticos. Sentimos que la violencia de la acción actualmente ejercida por la política neoliberal es tan grande que no se la puede enfrentar únicamente con análisis teóricos. La reflexión crítica no está a la altura del impacto generado por esta política.

Grass: Para formular mi pregunta debo empezar de más lejos. Ud. como sociólogo y yo como escritor somos hijos de la cultura de la Ilustración, una tradición que ahora se está cuestionando en todas partes – por lo menos en Alemania y Francia – como si el proceso de la Ilustración europea hubiera fracasado. Yo discrepo. Veo tendencias erróneas en el proceso de la Ilustración, por ejemplo la reducción de la razón a lo técnicamente factible. Sólo tengo que pensar en Montaigne, para poder afirmar que muchos aspectos se han perdido en el transcurso de los siglos. Entre ellos el humor. “Candide” de Voltaire o “Jacques le Fataliste”

de Diderot son, por ejemplo, libros de una época de condiciones horribles pero se observa la capacidad humana de surgir como figura cómica y en este sentido victoriosa en medio del dolor y fracaso.

Bourdieu: Pero esta sensación de que estamos perdiendo la tradición de la Ilustración tiene que ver con una inversión de toda la cosmovisión impuesta por el neoliberalismo actualmente predominante. Tomando el ejemplo de la revolución neoliberal aquí en Alemania, puedo recurrir a esta comparación porque se trata una revolución profundamente conservadora, en el sentido de la definición de una revolución conservadora de la Alemania de los años treinta. Este tipo de revolución es un asunto sumamente raro: Devuelve los derechos al pasado a la vez que se autodenomina progresista, tildando de retrógradas a las personas que combaten el regreso a la situación anterior. Tanto Ud. como yo experimentamos frecuentemente que se nos trata de anticuados: en Francia somos considerados “viejos trastos”.

Grass: Dinosaurios...

Bourdieu: Exactamente. Ahí está, el gran poder de las revoluciones conservadoras, de las restauraciones “progresistas”. Inclusive el argumento presentado por Ud. puede ser interpretado de esta manera. Se nos acusa de no tener sentido de humor. Pero los tiempos no son para bromear. No hay motivo para la risa.

Grass: No afirmé que estamos viviendo en una época alegre. La risa infernal que desencadenamos por medio de la literatura es también una protesta contra la situación reinante. Lo que hoy se vende como neoliberalismo es el renacimiento de los métodos del liberalismo de Manchester del siglo 19. Tan reciente como en los años 70, se intentó en toda Europa y con relativo éxito, civilizar el capitalismo. Suponiendo que tanto el socialismo como el capitalismo son hijos genialmente malogrados de la Ilustración, no podemos olvidar que se controlaron el uno al otro. Inclusive el capitalismo tenía que asumir ciertas responsabilidades. En Alemania esto se llamaba la economía social de mercado y hasta en el partido conservador hubo consenso que nunca más se debería dar una situación como en la República de Weimar. Este consenso se rompió en los años ochenta. Desde el desmoronamiento de las jerarquías comunistas, el capitalismo piensa que puede permitirse cualquier cosa. Ya no hay quien le controle, no hay opositor. Ahora hasta los pocos capitalistas responsables levantan el dedo a manera de advertencia porque se dan cuenta que están perdiendo el control de sus instru-

mentos, que el neoliberalismo está repitiendo los errores del comunismo por quererse convertir en ideología infalible.

Bourdieu: Pero el poder del neoliberalismo es tan avasallador que lo promueven inclusive las personas que se autodefinen como socialistas. Schroeder, Blair o Jospin, todos invocan el socialismo para hacer su política neoliberal. Esto dificulta enormemente el análisis y la crítica porque todos los lados están invertidos.

Grass: Una capitulación ante la economía.

Bourdieu: Al mismo tiempo resulta sumamente difícil desarrollar una posición crítica a la izquierda de estos gobiernos socialdemócratas. En Francia hubo la gran ola de huelgas de 1995 que movilizó gran parte de los obreros, empleados y también intelectuales. Luego se dio el movimiento de los desempleados, la marcha europea de los desempleados, el movimiento de los inmigrantes sin permiso de residencia – una especie de agitación permanente que obligó a los socialdemócratas en el poder a llevar un discurso socialista aunque sea sólo por las apariencias. Sin embargo, en la práctica, este movimiento crítico es muy débil, en parte porque se mantiene dentro de las fronteras nacionales. Una posición eficaz y viable a la izquierda de los gobiernos socialdemócratas debe ser construida a nivel internacional. Por ello me pregunto: ¿Qué podemos nosotros, los intelectuales, aportar a este tipo de movimiento para una “Europa” social? El poder de los gobernantes no se limita a lo económico, abarca también lo intelectual y mental. Por eso “hay que abrir la boca” para restablecer una utopía común porque una de las capacidades de los gobiernos neoliberales es la de matar las utopías, hacerlas aparecer como obsoletas.

Grass: En parte, los partidos socialistas o socialdemócratas creyeron que el desmoronamiento del comunismo implica también la desaparición del socialismo. Perdieron la confianza en el movimiento obrero, existente desde mucho antes del comunismo. Despedirse de su propia tradición es darse por vencido. En Alemania se dieron apenas unos pocos intentos para organizar a los desempleados. Desde hace años trato de decir a los sindicatos: No es posible que sólo se ocupen de los trabajadores mientras que tengan trabajo para dejarles caer al vacío en el momento que se quedan excluidos del mundo laboral. Deben crear un sindicato europeo de desempleados. Nos quejamos de que la unificación europea se limita a lo económica pero falta el esfuerzo de los sindicatos de superar los marcos nacionales para crear un tipo de organiza-

ción y acción más allá de las fronteras. Tenemos que enfrentar el neoliberalismo global con contrapropuestas. Pero lo que sucede es que muchos intelectuales se tragan cualquier cosa. Y tragar y tragar provoca úlceras estomacales, nada más. Por ello tengo mis dudas y no creo que podamos confiar únicamente en los intelectuales. Mientras que en Francia – es por lo menos mi impresión – se sigue hablando de “los intelectuales”, mis experiencias alemanas me demuestran que es un error pensar que intelectual equivale a izquierda. La historia del siglo 20 hasta el nacionalsocialismo comprueba lo contrario: Un hombre como Goebbels era un intelectual. Ser intelectual no es para mí una garantía de calidad. Justamente su libro “La Miseria del Mundo” muestra que la gente trabajadora, organizada en sindicatos, dispone de mucho más experiencia en temas sociales que los intelectuales. Hoy en día, esta gente está desempleada o jubilada y parece que ya nadie les necesita. Su fuerza es desaprovechada.

Bourdieu: La “Miseria del Mundo” es un intento para conferir un tarea modesta, pero muy útil a los intelectuales: El escribano público, figura conocida en los países de Africa del Norte, es una persona que pone sus conocimientos al servicio de los demás para que documenten lo que saben. En este sentido, los sociólogos se encuentran en una posición bastante especial. Son personas generalmente – aunque no siempre – capaces de escuchar, personas que descifran lo que se les dice, que lo traducen y transmiten. Puede ser que tenga una visión demasiado gremial pero me parece importante que los intelectuales participen en este trabajo.

Grass: Pero esto implica un llamado a los intelectuales cercanos al neoliberalismo. Entre ellos hay personas que comienzan a dudar y que se preguntan si no se debería protestar contra todo este dinero que circula sin control por el mundo, contra esta locura que se desencadenó al interior del capitalismo. Pienso en las fusiones sin objetivo y sentido que dejan a 5000, 10000 personas en el desempleo. Lo único que importa en la bolsa de valores es la maximización del lucro.

Bourdieu: Desgraciadamente no se trata sólo de oponerse a la opinión dominante. Si se quiere tener éxito, hay que difundir un discurso crítico, hacerlo público. En este momento estamos conversando con la idea de llegar más allá del pequeño círculo de intelectuales. Me gustaría romper un poco el muro del silencio – justamente porque no es simplemente un muro del dinero. La televisión es un medio muy ambiguo: Es un instrumento que nos permite hablar a la vez que nos obliga a callar. La opi-

nión dominante nos avasalla y somete sin parar. En su gran mayoría, los periodistas son cómplices inconscientes del discurso dominante tan difícil de romper. A excepción de unas pocas personalidades muy renombradas, la gente en Francia no puede dirigirse al público. Pero desgraciadamente, mucha gente que se ha hecho famosa ha enmudecido y son muy pocos los que aprovechan su capital simbólico para hablar y para transmitir los mensajes de los que carecen de palabras.

Grass: Al igual que todas las grandes instituciones, la televisión se creó su propia superstición: Se trata de la sintonía a cuyo dictado hay que someterse. Por ello, las conversaciones como la nuestra prácticamente no son emitidas por las cadenas grandes. En el mejor de los casos son transmitidas por el canal Arte. Nunca participo en los así llamado talkshows. Su forma me parece inaceptable porque no transporta nada. En estas habladurías se impone la persona que más habla o que mejor ignora a los otros participantes. Otra razón por la cual no se logra nada con este tipo de programas son las interrupciones del moderador que corta siempre cuando la cosa se podría volver interesante y álgida. Ambos recurrimos a la disputa, una tradición que nació en la Edad Media. Dos personas, dos opiniones diferentes, dos experiencias que se complementan: esto puede dar resultados si nos esforzamos un poco. Podría ser una recomendación para este monstruo de la televisión: recurrir a formas de diálogo comprobadas como la disputa que aguza el tema tratado.

Bourdieu: Desgraciadamente se tienen que dar circunstancias especiales para que los productores del discurso, los escritores, artistas, investigadores puedan reapropiarse de sus medios de producción. Es a propósito que empleo esta terminología un poco anticuada del marxismo. Paradójicamente, el hombre de hoy, el hombre de la palabra, ha perdido el control de los medios de producción y vías de distribución; no le queda más que retirarse a diferentes nichos, andar por desvíos.

Grass: Para no caer en el lamento: Siempre hemos sido minoría y lo que sorprende cuando analizamos la historia es lo mucho que se puede lograr a partir de esta minoría. Obviamente hay que desarrollar tácticas para hacerse escuchar. En mi calidad de ciudadano debo, por ejemplo, romper con una de las reglas de oro del escritor que dice ¡"por favor, nada de repeticiones!". En la política hay que actuar casi como un loro, hay que repetir la tesis que resultó útil y esto cansa porque siempre se escucha también el eco de la voz propia. Pero parece ser necesario si uno quiere ser escuchado en un mundo tan cacofónico.

Bourdieu: Lo que admiro en su obra es su búsqueda de expresiones que logran transmitir al gran público un mensaje crítico, subversivo. Sin embargo, creo que la situación actual difiere mucho de las condiciones reinantes en la época de la Ilustración. La Enciclopedia fue un arma, un medio de comunicación contra el oscurantismo. Ahora tenemos que luchar contra fenómenos completamente nuevos del oscurantismo.

Grass: Pero otra vez desde la minoría.

Bourdieu: Sólo que en ese entonces las fuerzas opuestas eran mucho más débiles. Hoy nos enfrentamos a las multinacionales poderosas de la comunicación y apenas nos quedan unas pequeñas islas. Por ejemplo, la publicación de libros críticos o de lectura difícil resulta cada vez más difícil. La importancia que otorgo a nuestra conversación tiene que ver con mi deseo de encontrar nuevas formas para generar y transmitir mensajes. En vez de dejarnos utilizar por la televisión tenemos que convertirla en una herramienta de comunicación al servicio de lo que queremos decir.

Grass: El margen de maniobra es limitado. Y hay algo más que me sorprende a mi mismo: Nunca me hubiera imaginado que llegaría el día en que tendría que exigir más Estado. En Alemania siempre hubo un exceso de Estado, sobre todo de Estado regulador. Pero ahora hemos caído en el extremo opuesto. Sin tener ninguna afinidad ideológica, el neoliberalismo adoptó el ideal del anarquismo, la abolición del Estado. ¡Abajo con el Estado, ya nos arreglamos sin él! Si hoy en día se quiere realizar algún cambio por la vía de la reforma, sea en Alemania o en Francia, se requiere el visto bueno de la industria, de la economía. Los anarquistas soñaban con este derrocamiento del Estado y yo, al igual que Ud. supongo, me encuentro ahora en una situación bastante curiosa. Me veo obligado a exigir que el Estado vuelva a asumir sus responsabilidades e intervenga como ente regulador.

Bourdieu: Ya también me refería a esta inversión de las cosas. ¿Pero podemos contentarnos con exigir “más” Estado? Para no quedar atrapados en las trampas de la revolución conservadora habría que reflexionar sobre la invención de un Estado diferente.

Grass: Para que no haya malentendido: Obviamente, el neoliberalismo sólo quiere sacar del Estado lo que le interesa económicamente. Y el Estado puede seguir asumiendo la policía y representar la fuerza del orden. Pero si se le quita esta fuerza del orden para las capas sociales

marginales, es decir no sólo para la gente que depende de su ayuda, sino también los niños y personas mayores que dejaron de trabajar o todavía no comienzan su actividad económica, es decir que si se impone una economía que esquivo toda responsabilidad y se refugia en algún globalismo, entonces es el Estado, la sociedad a través del Estado, que debe asumir la prevención y atención. La falta de responsabilidad es el principio determinante del sistema neoliberal.

Bourdieu: En su libro “Mi Siglo” evocó una serie de eventos, por ejemplo la historia del niño que es llevado a una manifestación de Liebknecht y que orina en la espalda de su padre. No sé si se trata de un recuerdo personal pero de todos modos es una manera muy particular de descubrir el socialismo. O lo que dijo a propósito de Juenger y Remarque: Entre líneas se puede leer mucho sobre el rol de los intelectuales que se convirtieron en cómplices de acontecimientos trágicos. También me gustó lo que escribió a propósito de Heidegger cuyo retórica es el tema de uno de mis libros muy críticos.

Grass: Esto es por ejemplo algo que me divierte: La fascinación de los intelectuales franceses con Juenger y Heidegger, porque invierten todos los clichés que existen de Alemania con respecto a Francia y viceversa. Es absurdo que en Francia se admire todo lo oscuro que tuvo consecuencias fatales en Alemania.

Bourdieu: Me encontré bastante solo con mi profundo rechazo de la mística de Heidegger. No es muy agradable ser un francés en la línea de la Ilustración en un país que se somete a un oscurantismo tan modernista. Heidegger y Juenger.. Un Presidente de la República francesa condecoró a Juenger, qué cosa más terrible.

Grass: Esta historia con Liebknecht. Lo que me interesó fue por un lado la juventud motivada por Karl Liebknecht – un movimiento progresista se pone en marcha en nombre del socialismo – y por otro lado el padre que en su entusiasmo no se da cuenta que el niño quiere bajarse de sus hombros. Cuando el hijo orina en sus espaldas, el padre le da una paliza. Como consecuencia de este comportamiento autoritario, el hijo acude como voluntario a la Primera Guerra Mundial, una decisión que contradice precisamente la advertencia de Liebknecht. Y con respecto a Juenger y Heidegger: Podría ser más útil que los intelectuales franceses interesados tomen conciencia de los filósofos alemanes de la Ilustración. No solo hubo un Diderot y un Voltaire, sino también un Lessing, Lichtenberg,

este último con un sentido de humor muy agudo más afín a los franceses que Juenger si no me equivoco.

Bourdieu: Ernst Cassirer como gran heredero de la Ilustración no tuvo mucho éxito mientras que su oponente Heidegger generó muchísima atención. Muchas veces surge esta impresión angustiante que por alguna perfidia de la historia los franceses adoptan las peores cosas de los alemanes y viceversa.

Grass: En "Mi siglo" describo a un profesor que durante su seminario del miércoles reflexiona sobre sus reacciones cuando era estudiante en 1966/67/68. En ese entonces era producto de la filosofía de lo sagrado de Heidegger y termina por volver a ella. En el intermedio tiene impulsos muy radicales y pertenece a la gente que trata de acabar a Adorno en pleno escenario público. Esto es una línea biográfica muy típica de esta época. En los años sesenta fui parte de todos estos acontecimientos. La protesta estudiantil fue una necesidad y su impacto mucho más importante de lo que quieren admitir los portavoces de la pseudo-revolución de 68. Es verdad que la revolución no tuvo lugar, carecía de base, pero la sociedad sí cambió. En mi libro "Diario de un caracol" describo la reacción feroz de los estudiantes cuando dije: El progreso es un caracol. Obviamente pueden dar el gran salto verbal —manejaban bien las enseñanzas de Mao— pero la fase omitida, es decir la sociedad subyacente, no se apura. La reacción de la sociedad les sorprende y la llaman contra-revolución, todo formulado con la terminología de un comunismo que ya en este entonces estaba perdiendo importancia. Pero hubo poca comprensión.

Bourdieu: En 1964 publiqué un libro llamado "Los herederos" donde describo las diferencias en la contratación de estudiantes de origen pequeño burgués y burgués. Entre los estudiantes burgueses, el radicalismo político era mucho más pronunciado. Entre los estudiantes pequeño burgueses y de origen obrero fue más reformista y conservador.

Grass: Los hijos de buena familia como les solía llamar para provocar transfirieron el conflicto con el padre a la sociedad. Su miedo de enfren-
tar al padre que les hubiera cortado la mesada les motivó en sus protes-
tas sociales.

Bourdieu: En 1968 se dio una revolución muy ostentativa, sobre todo simbólica y artística que parecía ser muy radical. Por otro lado hubo gente con propuestas moderadas que quiso cambiar el sistema educati-

vo, el acceso a las universidades. En ese entonces fueron acusados de reformistas y ridículos por las personas que hoy son conservadoras.

Grass: En Alemania y Suecia de los años setenta surgió la conciencia sobre la destrucción del ambiente como efecto de una explotación ilimitada de los recursos por parte de la economía. Nació el movimiento ecológico. Pero los partidos socialistas y socialdemócratas sólo se concentraron en el viejo tema social. No dieron importancia a la ecología o la consideraron como un elemento hostil y en parte lo siguen haciendo hasta el día de hoy. Si esperamos que los neoliberales usen su potencial intelectual para entrar en razón, lo mismo se aplica a la izquierda. Se debe, por fin, entender que el tema de la ecología no puede ser separado del tema laboral: Todas las decisiones deben pasar la prueba de la ecocompatibilidad.

Bourdieu: Todos estos pseudo-términos como socialliberalismo, blairismo son eufemismos utilizados por el poder dominante para aplacar a los dominados. En el fondo, los europeos están avergonzados de su civilización y han perdido la confianza. Comienza muy evidentemente en la economía pero se expande poco a poco al ámbito cultural, tienen vergüenza de sus tradiciones culturales. Los europeos viven en una especie de estado pecaminoso percibido y juzgado como defensa de tradiciones retrógradas – a nivel de cine, literatura etc.

Grass: En Alemania, los seguidores del Canciller Schroeder se autodefinen como modernistas y juzgan a los demás como tradicionalistas, una generalización absurda. Los neoliberales se mueren de la risa cuando observan como los socialdemócratas y socialistas de Alemania y otros países se autodestruyen con estas definiciones que no llevan a nada.

Bourdieu: Para tomar el tema de la cultura: Su Premio Nobel me dio mucha alegría porque honra a un excelente escritor europeo que “abre la boca” y defiende un tipo de arte que ciertas personas consideran pasado de moda. La campaña contra su novela “El cuento largo” se llevó con el pretexto de que es una novela literariamente obsoleta. De igual manera se juzgan los logros formalistas de la vanguardia. En Francia hay un verdadero debate sobre el arte contemporáneo y lo que se discute en el fondo es la autonomía del arte frente a la economía.

Grass: A propósito del Premio Nobel: Logré vivir bastante bien sin él y espero poder hacer lo mismo con él. Algunos dijeron: “¡Por fin!” o “de-

masiado tarde” pero estoy contento de haberlo recibido a la edad avanzada de más de 70 años. Si un autor joven recibe el Premio Nobel, debe ser una carga porque las expectativas crecen demasiado. Hoy, yo puedo manejarlo con ironía y también sentir la alegría. Pero con ello quiero concluir este tema en lo que a mi respecta.

Creo que tenemos que hacer ofertas que no se pueden eludir. Los grandes canales de televisión tampoco saben cómo manejar su falsa creencia en la dictadura de la sintonía. Hay que ayudarles. Lo mismo sucede con la relación de vecindad entre Alemania y Francia que se combatieron hasta desangrarse, cuyas heridas siguen doliendo y que están haciendo esfuerzos retóricos con el fin de aproximarse. Y de repente uno se da cuenta: No es únicamente una frontera lingüística, hay dimensiones intermedias que no son percibidas. Lo mencioné anteriormente; no estamos siquiera capaces de reconocer el proceso común de la Ilustración europea. Eso era mejor en la época en la cual los estados nacionales no eran aún tan dominantes. Los franceses se percataron de lo que sucedía en Alemania y viceversa, había correspondencia entre los dos grupos que lucharon como minorías y empujaron el proceso de la Ilustración a pesar de la censura.

Este hilo debe ser retomado porque no tenemos nada más que las enseñanzas del proceso de la Ilustración europea y también de sus fracasos. Con razón nos quejamos de la nueva dominancia del neoliberalismo y de su poder e irresponsabilidad en tantos ámbitos. Pero también deberíamos pensar ¿dónde fallamos en el transcurso de la Ilustración europea? De alguna manera tenemos que lograr que el capitalismo y el socialismo, ambos hijos de la Ilustración, vuelvan a sentarse en la misma mesa.

Bourdieu: Puede ser que Ud. sea demasiado optimista en este asunto. Creo que las fuerzas económicas y políticas del neoliberalismo pesan tanto sobre Europa que constituyen una verdadera amenaza para los logros de la Ilustración. El historiador francés Daniel Roche está escribiendo un libro en el cual demuestra que la tradición de la Ilustración fue interpretada de manera muy diferente en Francia y Alemania. Con “Ilustración” no se entendía de ninguna manera lo que los franceses querían expresar con “lumières”. Estas diferencias deben ser superadas si se quiere parar la destrucción de todo lo que es para nosotros la Ilustración – es decir el progreso de la ciencia y tecnología y la domadura del progreso. Se trata de inventar un nuevo utopismo que se siente a gusto en el seno de las fuerzas sociales. Aunque exista el peligro de que

sea percibido como un paso atrás, un paso hacia un pensamiento político obsoleto, se trata de viabilizar nuevos movimientos sociales. En su forma actual, los sindicatos se han vuelto anacrónicos. Tienen que cambiar, redefinirse, internacionalizarse, racionalizarse y recurrir a las ciencias sociales para que les ayuden a hacer un buen trabajo en las tareas que les incumben.

Grass: Esto significa una reforma profunda del movimiento sindicalista y conocemos la poca agilidad de este aparato.

Bourdieu: Si, pero podemos asumir un cierto papel. Por ejemplo, en los últimos años los movimientos sociales fueron mucho más exitosos que, por razones históricas, en el pasado. Las tradiciones del movimiento obrero francés fueron siempre muy descomedidas, hasta hostiles con los intelectuales, por lo menos en parte. Hoy, en tiempos de crisis, el movimiento obrero está mucho más abierto y mucho más sensible a nuestras objeciones. Se ha vuelto más pensativo y más dispuesto a escuchar nuevas formas de crítica. En mi opinión, estos movimientos sociales, críticos y reflexivos, son el futuro.

Grass: Soy más escéptico. Estamos en una edad que nos permite asegurar que seguiremos abriendo la boca si nuestra salud lo permite, pero nuestro tiempo está limitado. No sé como esto se da en Francia –no es mejor, creo– pero entre los literatos jóvenes observo poca disposición e interés de seguir con la tradición de la Ilustración, la tradición de abrir la boca, de entrometerse. Si esto no retoña para que alguien tome la posta, perderemos también esta parte de una buena tradición europea.